

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE, EL POETA DE LA DUDA: POEMAS Y DISCURSOS DE TEMÁTICA RELIGIOSA

Rafael Serrano García
Universidad de Valladolid

Resumen:

Gaspar Nuñez de Arce, uno de los principales poetas de la segunda mitad del siglo XIX español, fue asociado por sus contemporáneos con la duda religiosa que aflora expresamente en algunas de sus grandes creaciones como *La visión de fray Martín*, (1880) consagrada a Lutero y sus vacilaciones en ese plano. Con independencia de si el poeta fue realmente un ser atormentado en materia religiosa y de si esta caracterización no se ajusta más cumplidamente a otros autores, sí parece cierto que como escritor y como hombre público tuvo muy en cuenta la cuestión religiosa y estuvo especialmente marcado por la huella que en la historia y en la cultura españolas habría dejado el fanatismo y la intolerancia en ese plano. Además de sus poemas en los que la duda en cuestiones de fe estuvo muy presente, fue también el autor de discursos que tocaron muy directamente estas temáticas y que tuvieron bastante impacto en el debate público.

En esta contribución procuraremos compendiar y caracterizar el pensamiento de Nuñez de Arce en esa materia y relacionarlo también con debates de gran resonancia en la época en los medios

intelectuales como la denominada «Polémica de la ciencia española», al inicio de la Restauración borbónica.

Palabras clave: Poeta. Duda. Lutero. Sexenio democrático.

Abstract:

Gaspar Nuñez de Arce one of the most famous poets of the mid nineteenth century has often been associated by his contemporaries to religious doubt (one of his well known writings, *Gritos del combate*, is precisely titled «The doubt»). His approach to religious themes also infuses other writings like *La visión de Fray Martín* dedicated to Martin Luther and where he expresses some religious questions this reformer raises. Regardless of the fact he was tormented and at odds with religion, like other authors of his time, he was also deeply affected by the ideological confrontation between freedom of conscience, fanaticism and intolerance which splintered the history and the culture of the Spanish society of Restoration. His poetry materializes many of his religious doubts. He participated significantly in the public debate of his time and also contributed in 1868 to the preparation of the «Manifiesto of the Nation» which intended to drastically restrict the monopoly of catholicism.

This essay focuses on the writings and thought of Nuñez de Arce, his presence in crucial public debates which involved other intellectuals of his time and his role during the «Controversy of Spanish Science» at the beginning of the Bourbon Restoration.

Key words: Poet. Doubt. Martin Luther. Sexenio democrático.

En esta contribución procuraremos caracterizar la manera cómo el autor vallisoletano enfocó cuestiones como la perniciosa influencia del catolicismo y de la Iglesia católica en la historia de la cultura española, especialmente en los siglos XVI y XVII; la necesidad, pues, de la libertad religiosa para imprimir un giro decisivo en la marcha del país y, por último, la falta de fijeza en sus creencias por parte del hombre contemporáneo. Algunos de sus artículos en la

Revista de España de la época del Sexenio Democrático (1868-1874), así como su discurso de ingreso en la Real Academia (1876) nos serán útiles para tratar las primeras cuestiones, mientras que para abordar la última nos valdremos de varios de sus poemas, en especial de su ya mencionado *La visión de Fray Martín* (1880) en la que se propuso «reflejar uno de los conflictos morales más frecuentes en nuestro siglo» (Núñez de Arce: 1904: 7).

Un bosquejo de biografía

Las circunstancias del nacimiento, en Valladolid, de Gaspar Núñez de Arce, encajan perfectamente con la irrupción del Romanticismo en España, ya que sobre ellas pende un velo de incertidumbre y de misterio relativos a la fecha de su nacimiento (si en 1832 o en 1834), y en que su padre biológico tampoco habría sido, seguramente, el que se consigna en dicho documento. El propio poeta, interrogado por su biógrafo, no sabía dar razón de cuando efectivamente había nacido (Castillo y Soriano: 1907: 27-28; Conde Guerri: 2020). En cualquier modo, Núñez nació en el seno de una familia modesta, de escasos recursos económicos -su padre era un empleado de correos- y en la que estaban vivos los ideales liberales a los que seguramente el escritor debe su repudio del fanatismo y la intolerancia religiosas (Vallejo González: 1984: 6).

Pero el futuro poeta residió poco tiempo en Valladolid ya que, siendo todavía un niño se trasladó con su familia a la ciudad de Toledo en la que despertó su afición a la literatura pues allí compuso y estrenó, con mucho éxito, una pieza teatral titulada *Amor y orgullo*. Dejó un recuerdo imperecedero en dicha población, hasta el punto de su Ayuntamiento le declaró, en 1894, hijo adoptivo.

Con aproximadamente 18 años, marchó a Madrid, en busca de fama y fortuna lo que se plasmó en la práctica del periodismo y en la frecuentación de espacios de sociabilidad como los cafés o las mismas salas de redacción, anudando una densa red de amistades entre los escritores y políticos de su tiempo. Núñez de Arce se situaba entonces en la órbita del Progresismo y, coherentemente, acabó entrando -tras pasar por otras cabeceras- en el periód-

co que hacía de vocero de la corriente más avanzada y crítica de este partido, *La Iberia*, dirigido por otro vallisoletano, Pedro Calvo Asensio. De su colaboración en ese medio se recuerdan sobre todo sus reportajes sobre la Campaña de África, aparecidos en 1860, que en su momento rivalizaron en popularidad con los escritos por Pedro Antonio de Alarcón (Núñez de Arce: 1860; Vallejo González: 1984: 11; García Castañeda: 2019).

En ese mismo año su vida dio un giro importante, ya que rompió con su mentor, Calvo Asensio, por oponerse a la continuación de la guerra de Marruecos y se alejó de su partido para situarse en la órbita de la Unión Liberal de Leopoldo O'Donnell. Por entonces contrajo además matrimonio con Isidora Franco, en el que no hubo descendencia, y logró un puesto en la función pública en la que desarrolló una carrera bastante afortunada, sobre todo desde que quedó adscrito al Ministerio de Ultramar, creado en 1863¹.

Fue el inicio de un historial político bastante característico dentro de la élite isabelina, rematado luego en la Restauración: en efecto, sería nombrado gobernador civil de Logroño y obtuvo su primera acta de diputado, por Valladolid, en 1865. Participó en la conspiración para derribar «lo existente» (sacar del trono a Isabel II) y fue secretario de la Junta revolucionaria de Barcelona, en septiembre de 1868, que le nombró gobernador de aquella provincia. De regreso a Madrid, fue el redactor del Manifiesto a la Nación dado por el Gobierno Provisional el 25 de octubre de aquel año. En él se defendía la necesidad de la libertad religiosa.

Votó en las Cortes, a finales de 1870, la candidatura al trono español del Duque de Aosta, Amadeo de Saboya y apoyó, desde una posición conservadora -dentro de la revolución- el régimen monárquico-democrático que aquel encarnó con poco éxito. Finalmente, con la I República se desengañó de las utopías políticas del Sexenio y acertó a plasmar en su libro, *Gritos del combate* (1875), el giro hacia una postura de orden que dio la burguesía española al apoyar la Restauración borbónica en la persona de Alfonso XII.

Núñez de Arce, no obstante, aun significándose en su desencanto respecto de la pasada revolución, no se alineó en las filas del

¹ Su carrera administrativa en AHN, *Ultramar*, C. 2445, exp. 10.

Partido Conservador de Cánovas del Castillo, sino que militó en el Constitucional de su rival, Sagasta, que llevaba en su programa buena parte de los principios de 1868 -como era el caso de la libertad de prensa o la religiosa- contenidos en la Constitución de 1869, a la que Sagasta y sus partidarios decían mantenerse fieles. Puede ser revelador, en este sentido, el importante discurso que pronunció en 1876, con motivo de su ingreso en la Real Academia Española, que analizaremos más tarde.

Llegó a la cima de su carrera política en el periodo de la Restauración, siempre de la mano de Sagasta (Castillo y Soriano: 1907: 103), haciéndose patente que se trataba de una personalidad destacada dentro del partido Liberal-Fusionista: volvió al Congreso de los Diputados, ocupando una de sus vicepresidencias; será nombrado más tarde senador vitalicio, presidente del Consejo de Instrucción Pública y de la sección de Ultramar del Consejo de Estado; presidente del Banco Hipotecario y vicepresidente del Senado. Además, Sagasta contó con él en la remodelación ministerial que llevó a cabo en enero de 1883, encargándole de la cartera de Ultramar, un puesto que ocupó durante unos diez meses y en el que se esforzó por establecer un difícil equilibrio entre el cumplimiento del programa de reformas de su partido, sobre todo por lo que respecta a Cuba y las presiones de los militares que tenían el control del Gobierno general de la Isla, así como de los grandes hacendados que se resistían a una abolición plena de la esclavitud².

En otros planos, Núñez de Arce fue presidente del Ateneo de Madrid, pronunciando un discurso en 1886, en la apertura de sus cátedras, que resultó muy polémico por los reproches que les hacía a los catalanistas, y presidió durante más de 20 años la Asociación de Escritores y Artistas, una entidad que bajo su dirección se esforzó por asentar y defender el derecho de propiedad intelectual; en promover homenajes en recuerdo de glorias literarias y artísticas españolas, y en prestar socorro a artistas en situación de desamparo y pobreza.

² Documentos importantes de su etapa ministerial, junto con otros que constituían el archivo del poeta se encuentran actualmente depositados en el Archivo Municipal de Valladolid. De su gestión como ministro hemos dado cuenta en un artículo reciente (Serrano García: 2020).

Núñez, un hombre de salud frágil, murió en Madrid el 9 de junio de 1903 cuando su figura era universalmente valorada. No había tenido hijos de su matrimonio con Isidora Franco, por lo que sus herederos directos fueron sus hermanos y sobrinos. Según se desprende de la documentación notarial, su caudal se valuó en ciento cincuenta y nueve mil ciento diez pesetas y 95 céntimos (algo más de 600.000 reales³).

Una gran carrera literaria

Aunque tempranamente, siendo un adolescente, Núñez de Arce se hizo notar como autor teatral y, pronto también, ya en Madrid, como periodista, tardó en darse a conocer como poeta, pese a que de 1850 data su primer poema conocido, *Toledo*, que rescató del olvido Gerardo Diego en 1919 (Cossío: 1959: 37). Como dramaturgo, sus producciones reflejaron las tendencias que confluían en el ambiente teatral español de mediados de siglo, decantándose en su caso por la denominada *alta comedia*. Su obra mejor valorada es un drama histórico, *El haz de leña*, en el que vuelve sobre un tema, la prisión y muerte del príncipe Don Carlos, hijo de Felipe II, en El Escorial, que había sido ampliamente tratado por la dramaturgia romántica (Núñez de Arce: 1879: 387-523; Pascual Pérez: 2019: 125-143).

Es innegable, por otro lado, su deuda con el periodismo, que practicó tanto en medios españoles como ultramarinos hasta prácticamente el final de sus días. Aparte de *La Iberia*, la relación de periódicos y revistas en los que escribió o, en algún caso, ejerció labores de dirección es muy amplia y comprende como mínimo *La Ilustración Española y Americana*, *Revista de España*, *La Política*, *El Debate*, *El Constitucional*, *El Imparcial*, *El Estado*, *El bachiller Honduras*, *El Liberal*, *El Museo universal*, *El Heraldo de Madrid*, *El Globo* o *El Diario de Barcelona*. Y fuera de la península colaboró con *El Diario de la Marina*, de Cuba, y con *La Tribuna Nacional* y *La Prensa*, de Buenos Aires (Castillo y Soriano: 1907: 41-58; Vallejo González; 1984: 9). Se sabe, por la correspondencia que mantenía con Castillo, la atención que

³ Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, n° 11869.

prestaba a las corresponsalías con periódicos argentinos, que debían asegurarle buenos ingresos⁴.

Pero Núñez de Arce alcanzó la posición señera en el panorama literario del último cuarto del siglo XIX, gracias a su libro *Gritos del combate* (1875)⁵, una obra que cabe encuadrar dentro de la *poesía civil*, con un matiz «plástico y doctrinal» (Alonso Cortés: 1946: 10)⁶ que pretendía no sustraerse a los problemas y agitaciones de la sociedad contemporánea. El libro incide sobre una serie de cuestiones tales como el temor a la muchedumbre⁷ y a su participación en la vida política; la añoranza de la fe religiosa; una postura suspicaz frente al progreso y los avances de la ciencia positiva⁸ o, en fin, el rechazo de las utopías que habían encontrado un amplio campo para su desarrollo durante el Sexenio democrático (Serrano García: 2006).

Durante la Restauración Núñez publicó además, un conjunto de largos y enfáticos poemas que en algunos casos se centran en una figura histórica que hubiera pasado como él por una honda crisis espiritual (Urrutia: 1998: 288): *Raimundo Lulio* (1875), quizá su mejor poema, *La última lamentación de Lord Byron* (1878), *La selva oscura* (1879), en que Dante ocupa el papel principal o, en fin, *La visión de Fray Martín* (1880), dedicada a Lutero y sus dudas religiosas, una temática que justificaría el que Menéndez Pelayo le reputara de «cantor oficial de la duda»⁹. Estaban pensados para su lectura o re-

⁴ Biblioteca Nacional, MSS, 12973.

⁵ Menéndez Pelayo llevó a cabo una valoración ajustada de esta obra en la lírica de su tiempo (Menéndez Pelayo:, s. a.: 29).

⁶ Claros precedentes -también por lo que respecta a la duda- habrían sido Salvador Bermúdez de Castro y Gabriel García Tassara. Con este último mantuvo Núñez especiales concomitancias (Palenque: 1986: 31-33).

⁷ Su amigo Valera, tomando pie precisamente en este libro de Núñez, detectaba en él «cierta inclinación misantrópica a juzgar radicalmente malas a las muchedumbres» (Valera: 1910: 67).

⁸ Ya al alcance de un amplio público gracias a la labor vulgarizadora llevada a cabo por autores como Flammarion, Tissandier o Figuiet a partir de los años 1850-1860 y cuyas publicaciones fueron seguidas con atención en España (Hibbs: 2015).

⁹ Tomamos la cita de un artículo que permite conocer la ponderación que hacía D. Marcelino de los versos de su compañero de Academia (Gutiérrez Sebastián: 2012).

citación teatral, por lo que el poeta acomodó su estructura métrica a esa finalidad¹⁰.

A la altura de los años 90 del siglo XIX, Gaspar Núñez de Arce era una figura pública ampliamente conocida y respetada en el ámbito literario no solamente español, sino europeo y americano. Pero el testimonio más llamativo de la altura a la que había llegado Núñez de Arce en la estimación de sus contemporáneos cabe hallarlo en las honras y reconocimientos que se le tributaron a su muerte, ocurrida el día 9 de junio de 1903, en Madrid. Su entierro, celebrado dos días después, se convirtió en una imponente manifestación de duelo, estando presidida la comitiva por sendos representantes del rey y la exregente y por el Gobierno prácticamente en pleno, empezando por su presidente, Francisco Silvela. El cadáver fue depositado en uno de los sarcófagos del *Panteón de hombres ilustres del siglo XIX*, al lado del que ocupaba el pintor Eduardo Rosales.

Las muestras de pesar por el fallecimiento se convirtieron en una especie de «duelo universal» (Castillo y Soriano: 1907: 227). El Senado le consagró una sesión monográfica, con intervenciones de su presidente, Eugenio Montero Ríos, del ministro de instrucción pública, Manuel Allendesalazar y de otras personalidades de la política restauradora. También el congreso le dedicó una sesión especial, abriendo los discursos su presidente, Raimundo Fernández Villaverde quien, recogiendo lo que parecía un sentir unánime aseguró que:

Las letras españolas están de luto, y aun puedo decir, sin hipérbole y sin exceso de orgullo patrio, que están de luto las letras humanas. La Patria ha perdido uno de sus hijos predilectos (Castillo y Soriano: 1907: 243).

Con el tiempo y el cambio en los gustos literarios, la fama de Núñez de Arce se ha oscurecido y se ha impuesto una visión crítica de su obra, y en este sentido Josefina Romo, Jorge Urrutia o Marta Palenque han argumentado convincentemente el hecho de que su

¹⁰ La lectura pública habría condicionado la construcción formal de sus largos poemas, viéndose compelido a apelar a recursos tribunicios, oratorios y retóricos (Palenque: 1990: 154). Ello no era incompatible -quizás todo lo contrario- para que en el Parlamento Núñez fuera un orador mediocre (Linares Rivas: 1878: 210-211).

producción literaria estuviera muy fechada, lo que explica que le fuera difícil superar el cambio de gustos que se fue imponiendo con el paso del XIX al XX, especialmente con la irrupción del modernismo literario. Romo estima que Núñez tuvo su sitio en la época final del siglo XIX, «en que la poesía se hinchó tanto que sonaba a hueco» (Romo Arregui: 1946: 147); Urrutia, al referirse a su poesía habla de un «camino cerrado» (Urrutia: 1983) y Marta Palenque asevera que «la temática, filosofía y construcción formal llevan a la poesía de Núñez de Arce muy lejos de la sensibilidad contemporánea» (Palenque: 1990: 157).

En realidad, coetáneos suyos que le tenían en gran consideración, como Clarín, habían avanzado ya razones muy plausibles de que su poesía estuviera abocada a caer en el olvido: «Cuanto más retórico sea [el poeta], esto es, cuanto mejor sepa encarnar sus ideas en sus versos, haciéndolos insuperables, más perderá con el tiempo y la distancia» (Clarín: 1888: 93-94) Rubén Darío, por su parte, cuya estima por el poeta era sincera, tras lamentar que hubiera sacrificado su estro poético al ideal de un momento (la Patria), consideraba que

el mayor pecado de este poeta es no haber empleado sus alas para subir en el viento del universo, sino que se ha circunscrito a su terruño, al aire escaso de su terruño, aun en los poemas de tema humano en que debiera haber prescindido de tales o cuales ideales de grupo (Darío: 1987: 199)¹¹.

De ahí a ser incluido entre «los viejos» no había sino un paso, lo que correría a cargo de la generación de Maeztu, Baroja y Azorín, una de cuyas victorias habría sido la de «extender una capa de olvido inmisericorde sobre aquellos contemporáneos envejecidos» con los que estaban resueltos a romper. Una ruptura, la modernista, que no era solamente estética, ya que también conllevaba una ruptura moral y un nuevo concepto de la misión del artista (Mainer: 1999: 21-22).

Eso no quita para que se le haya reconocido el mérito, como poeta, de algunos rasgos formales innovadores, como el uso frecuen-

¹¹ Eso no era óbice para que el poeta nicaragüense hubiera profesado una verdadera admiración hacia Núñez como se percibe muy bien esta misma obra (Darío: 1987: 212-216), así como en una carta de 1896 exhumada por J. M. Blecua.

te de la llamada sextina romántica o la reintroducción del terceto dantesco, o para que se haya visto también su proximidad al parnasianismo francés¹² y, no solo eso, sino -para mayor contradicción- que su réplica a la estética parnasiana se situaría en el origen del modernismo peninsular y en el del propio Rubén (Calvo Carilla: 1993). En otro orden de cosas, algunos autores han señalado que Núñez de Arce, más que ninguna otra figura literaria de su tiempo, es «el que transmite el tema del escepticismo angustiado, que venía de los románticos, a Unamuno y la generación del 98» (Shaw: 1998: 121).

Sus crónicas de la actualidad política en la *Revista de España*

Gran parte de la actividad de Núñez de Arce como escritor se centró en el periodismo, algo que fue una constante a lo largo de toda su vida, también durante el Sexenio Democrático en que colaboró en diferentes medios entre los que se contaron *El Debate* o la *Revista de España*. Es sobre algunas de las colaboraciones en esta última publicación, creada y dirigida por José Luis Albareda sobre las que queremos tratar, caso de las crónicas de política interior aparecidas en los tomos XVIII y XIX de 1871 en las que nuestro escritor se manifestaba particularmente alarmado por el auge de la democracia, inductora en su opinión de la demagogia, y del neocatólicismo regido en realidad por la teocracia. Ambos peligros acechaban la obra de la Revolución de Septiembre que al precio de un sinnúmero de dificultades parecía que había logrado rematarse con la monarquía de Amadeo de Saboya.

Se estaba justamente al comienzo de su reinado, muy poco tiempo después de la trágica muerte del general Prim, y se habían convocado elecciones a Cortes, las primeras de la monarquía que, a juzgar por lo que dice nuestro escritor eran vistas con aprensión por las frecuentes y graves perturbaciones del orden público y la

¹² Del que Núñez estaba muy al tanto (aunque no estuviera muy conforme con su principal representante, Leconte de Lisle) igual que de la poesía inglesa y, más en general, de la europea de su tiempo (Mansberger Amoros: 1998: 288). Ese buen conocimiento se compaginaba con un mensaje globalmente conservador.

impunidad con que se movían sus autores que Núñez relacionaba con un dato para él preocupante que cabría observar en todas aquellas sociedades europeas en donde el principio de igualdad se había extremado: la irrupción de la muchedumbre en la esfera pública, que se hallaría cada vez más apartada del sentimiento religioso. Políticamente este fenómeno se plasmaría en una «democracia tumultuosa», término con el que en el caso español parecía claramente aludir al Partido Republicano Democrático Federal.

El poeta y periodista daba a ese fenómeno unas dimensiones trágicas y una trascendencia que iba mucho más allá del plano estrictamente político: para él, aunque no empleara estos términos, la civilización burguesa y liberal estaba en peligro y abocada a una «decadencia desastrosa» cuyos signos se advertían, además de en los *puntos negros de la política* (expresión utilizada por Ruiz Zorrilla), en el envilecimiento de las artes, en la prostitución de las letras y en una licencia que en todas partes imperaba imponiéndose a la vista de todos los estímulos del vicio, del escándalo y de la codicia lo cual le llevaba a aseverar: «No es este el camino de la libertad». Afloraba pues, con claridad el pesimismo, el desencanto del poeta ante la realidad de los cambios político-culturales que estaban aflorando en diversas partes de Europa y ahora en España y que quizás encajarían bien en el concepto de *guerra cultural*.

Celebradas ya las elecciones la preocupación de Núñez y de la revista, sin abandonar el marco discursivo pergeñado, se centró mucho más en las muchedumbres que se movían bajo la influencia de elementos teocráticos al haber percibido que habían intervenido de forma escandalosa en los comicios poniendo en juego sus considerables medios materiales y espirituales. Ello le servía de agarradera para efectuar una valoración de la herencia que en la historia de España habían dejado siglos de *teocracia*, de conjugación del fanatismo con el despotismo, que lamentablemente no se había disipado con el asentamiento definitivo de las instituciones liberales, por cuanto había reverdecido en la última etapa del reinado de Isabel II lo que justificaba que los revolucionarios de 1868 tuvieran entre sus objetivos el extirpar esa lacra.

Aunque Núñez de Arce consideraba que estas muchedumbres cuya emergencia pública le causaba tanta aprensión se hallaban empujadas en polos opuestos -turbas demagógicas, por un lado, faná-

ticas, por otro-, sin embargo le parecían mucho más inquietantes las que aspiraban a fundar un Estado coronado no por el gorro frigio, sino por el solideo ya que mientras que -decía- la demagogia no era un sistema y nunca podría fundarse nada sobre ella, la teocracia era una organización que dominaba al vulgo antes que resultar dominada por él, que le halagaba pero no le entregaba el poder.

Aprovechaba para evocar en apoyo de sus argumentos a las desdichadas generaciones de la España regida por los reyes de la Casa de Austria, alumbrada por las hogueras de la Inquisición, «que aun no ha podido arrancar de la conciencia del mundo ni el recuerdo ni el perdón de estos trágicos errores...». Si se levantaran, en fin, de sus tumbas esas desdichadas generaciones podrían decir a esas infelices almas que se entusiasmaban con la memoria de lo pasado, lo que es la teocracia. «Es una garra que nunca suelta su presa».

Su balance, pues, de la historia española de los siglos modernos era duro, pero parecía sincero y pensamos que a los lectores identificados con los ideales liberales tenía que sonarles muy convincente dado el renovado auge del carlismo en los años del Sexenio y el peso que había cobrado, ya desde la última parte del reinado anterior la opinión neocatólica. En todo caso Núñez de Arce se situaba, con estos ataques durísimos a la teocracia en una línea argumental que iba a cultivar y madurar y que daría uno de sus frutos más celebrados cinco años más tarde, en 1876, cuando ingresó en la Real Academia.

Discurso de ingreso en la Real Academia Española

El 21 de mayo de 1876 Núñez de Arce ingresó en la Real Academia Española pronunciando, como era preceptivo, un discurso, que fue contestado por el académico Juan Valera (Núñez de Arce: 1876). El acto se celebraba solo tres días antes de que el Congreso de los diputados, del que formaba parte el poeta, hubiera aprobado el proyecto de nueva Constitución que sería sancionada -tras pasar por el Senado- por el monarca, Alfonso XII, el 29 de junio del mismo año. Núñez de Arce había salido diputado en las listas del Partido Constitucional de Sagasta que ejercería de principal oposición parlamentaria al Partido Liberal-Conservador fundado por Cánovas del

Castillo, el gran vencedor en unos comicios organizados con toda clase de artimañas por Francisco Romero Robledo desde el Ministerio de la Gobernación.

Los constitucionales, pese a declarar su lealtad al código democrático de 1869, facilitaron a Cánovas que el nuevo proceso constituyente transcurriera sin especiales sobresaltos. Así, no pusieron obstáculos a que los artículos referidos a la monarquía fueran aprobados en bloque sin ser sometidos a discusión lo que delataba el carácter ambiguo de la posición de los sagastinos. Sí plantearían batalla en cambio en la discusión de otros, sobre todo del 11, que regulaba de forma ecléctica la cuestión religiosa pero de un modo que suponía un claro retroceso respecto del anterior texto constitucional ya que se pasaba de la libertad de cultos de 1869 a una mera tolerancia.

La redacción del artículo iba a ser contestada, pues, por quienes, como los constitucionales defendían lo aprobado en el periodo revolucionario, aunque también, por motivos opuestos por la propia Iglesia católica a la que no complacía nada la manera como se resolvió este espinoso asunto. y de forma anticipada el Nuncio ya había protestado ante el Gobierno español, en el verano de 1875 (Hibbs-Lissorgues: 1995: 125; Varela Suanzes-Carpegna: 2014: 639-645). Pese a estas protestas lo cierto es que la Iglesia católica no salió en modo alguno desfavorecida en el régimen de la Restauración. Todo lo contrario.

Pero parece obvio que Núñez de Arce debió sentirse interpelado ante este retorno a un primer plano de la cuestión religiosa y optó por situar su discurso de recepción en la Academia en una línea combativa, militante, dando voz al sentir de su partido y, más en general, de la opinión progresista respecto de los gravísimos perjuicios ocasionados a la cultura española por el fanatismo y la teocracia que habrían imperado en España en los siglos XVI y XVII. Bajo otra forma Núñez había expresado pocos años antes su aversión hacia el fanatismo eclesiástico y frailuno en su obra teatral, *El haz de leña* al evocar, bajo ese título, un auto de fe celebrado en Valladolid¹³.

¹³ También aparece aquí la libertad de conciencia, reivindicada por el barón de Montigny.

No cabe duda que tanto en la elección del tema como en su desarrollo ante los académicos y el público asistente latía una intención de crear polémica y de zaherir a Cánovas y su partido en este punto tan sensible de la regulación legal de la cuestión religiosa. Debe recordarse además que en lo que se llevaba de año se habían suscitado otros importantes debates que habían situado en campos opuestos a la opinión culta del país, caso de la conocida como *Polémica de la ciencia española*, surgida a raíz de un enjundioso artículo de Gumersindo de Azcárate en la *Revista de España*, o la discusión sobre el positivismo tenida en la Sección de ciencias morales y políticas del Ateneo de Madrid a partir de un discurso del presidente de dicha sección, el propio Azcárate. Fue la primera de las polémicas la que, a nuestro juicio pudo influir más en la elección de su tema por Núñez de Arce ya que la tesis, aplicada en su caso a la literatura española, era muy similar pues se proponía inquirir las causas de la rápida decadencia y ruina completa de las letras en España bajo los últimos reinados de la Casa de Austria.

Sí le importaba al orador dejar muy claro para no dar lugar a falsas interpretaciones, su acatamiento sin reservas del dogma católico lo que se veía remachado por sus palabras finales en las que expresaba su aspiración de llegar a Dios «en quien adoro y creo». Nada, pues, de incredulidad, de agnosticismo, de duda y, por supuesto, ningún asomo de ateísmo como el que había despuntado en los años del Sexenio en la conocida como *sesión de las blasfemias* (1869). Pero, cubierto ese flanco, Núñez arremetía sin vacilaciones contra las exageraciones del sentimiento religioso que, de no estar moderado por la razón, podían llevar a los individuos y a las sociedades a los mayores excesos y conducir, como se habría evidenciado en España a finales del siglo XVII a «una suspensión absoluta y simultánea de todos sus elementos de cultura» (aunque él enfocaba su análisis sobre la literatura), percibiendo que «nuestra inteligencia y acaso nuestra conciencia, parece como que quedan atrofiadas».

El decaimiento de la cultura española contrastaría con lo ocurrido en Inglaterra cuya literatura no se había corrompido como la española y había podido atravesar, con mayor o menor brillo, el espacio de los anteriores cinco siglos, pudiendo desenvolver sin trabas los gérmenes de su grandeza (como era perceptible también en otros ámbitos: la industria, la política, la sociedad). La razón de ese contraste no habría que buscarla en diferencias de raza ni en

desigualdades intelectuales sino en que Inglaterra había logrado preservar la «portentosa actividad de su espíritu» gracias a las dos palancas con que el entendimiento humano era capaz de removerlo todo: la libertad política y el libre examen. Aquí, en cambio, después de que, a finales del siglo XV «se torciese y extraviase el curso de la civilización española» para abrir camino a la fugaz grandeza de la dinastía austriaca se instaló «una compresión sistemática, continua y normalizada» que acorraló las ideas hasta el fondo del pensamiento humano no dejando a salvo al pensamiento vivo reproducido por la imprenta o, de forma magistral en las Universidades. Todo ello tendría como razón de fondo la confusión en un solo haz de los intereses de la religión y del Estado al punto que «grandeza, voluntad, energía, fuerza, industria, comercio, todo fue arrollado por las negras olas de la monarquía teocrática...». No podía pasar por alto, de todos modos, el florecimiento literario que había ocupado en España gran parte de los siglos analizados, pero dentro de su argumentación lo calificaba de hermoso crepúsculo toda vez que para él el periodo más fecundo en muy diferentes órdenes de la historia española había sido la Edad Media.

El nuevo académico, aunque reconocía que en el siglo XVIII las reformas borbónicas habían aliviado bastante ese cuadro tan deprimente y que, después de 1808 el genio nacional, gracias a la libertad, había salido de su prolongado sueño no era particularmente optimista al constatar el retraso tan considerable que se había acumulado y percibir la huella tan negativa que esos siglos de fanatismo y teocracia habían dejado en la visión que desde Europa se tenía de España: «Parece como que nuestra patria termina definitivamente su misión en el siglo XVII [...] Nuestro pasado nos abruma como maldición del cielo».

El discurso de Núñez de Arce no pasó inadvertido, recibiendo críticas severas en la prensa conservadora o integrista, que le dedicaron duros editoriales en los que, como hacía *La Época*, atribuían al nuevo académico unas intenciones políticas y el haber actuado como hombre de partido. El integrista *El Siglo Futuro* cargaba contra él con una especial dureza si bien se consolaba afirmando que Juan Valera, en su contestación le había propinado una soberana paliza. *El Español* fue otra de las voces críticas y *La Correspondencia de España* encontró el discurso demasiado liberal.

Dentro de la prensa que hemos podido manejar, las valoraciones más favorables fueron las de Clarín y, de forma mucho más matizada, las de Manuel de la Revilla. Este último, escribiendo en la *Revista contemporánea* (Revilla: 1876: 507-510)¹⁴ valoraba la oportunidad política del discurso («oportunísimo en las actuales circunstancias») y coincidía plenamente en el efecto nefasto que sobre la cultura y el pensamiento había tenido en España el despotismo político y la intolerancia religiosa («en términos generales, la tesis es exacta»), siendo la prueba más palmaria de ello el nulo desarrollo de la ciencia y la filosofía modernas, pero no así el de la literatura, como había pretendido argumentar Núñez de Arce por cuanto, a juicio de Revilla, «con el período álgido de la intolerancia y del despotismo en nuestra patria coincide el mayor grado de esplendor que jamás alcanzaron nuestras letras». No negaba la decadencia literaria a raíz de los últimos Austrias, pero la atribuía a «una ley inflexible que rige la historia entera y con arreglo a la cual todo apogeo es seguido de decadencia...»

La adhesión de Clarín en cambio, desde las páginas de *El Solfeo*, publicación con la que colaboraba asiduamente, fue completa (Clarín: 1876: 2). Después de caracterizar a la Academia como un reducto apegado a lo antiguo y contrario al espíritu del siglo daba cuenta de que Núñez, más atento a las exigencias de los tiempos y a la voz de su conciencia, «saludó a sus nuevos compañeros con un himno a la libertad y a la tolerancia, con gritos de execración a la tiranía y al fanatismo. Fue una bomba, una bomba», algunos de cuyos cascotes llegaron a varios periódicos.

El crítico asturiano, tomando pie en el título del libro más conocido de Núñez de Arce, resumía su discurso como «su último grito en pro de la tolerancia y la libertad» y terminaba su artículo censurando a Juan Valera: «esta vez el Voltaire ortodoxo y constitucional no ha puesto su fría y desmenuzadora crítica al servicio de una buena causa».

¹⁴ Fue replicado con ingenio por Menéndez Pelayo quien le apostrofó como «Mr. Masson redivivo» al tiempo que decía de Núñez de Arce, a propósito de su discurso, que pertenecía a «la incorregible y reacia estirpe *liberalésca* de comienzos del siglo presente» (Menéndez Pelayo: 1876).

Es cierto que Valera, en su discurso de contestación, pese a declararse amigo y correligionario del nuevo académico y elevarle a las mayores alturas como poeta, no parecía tomarle muy en serio en sus consideraciones históricas ya que de forma elegante y apoyada en una erudición que sobrepasaba en mucho a la de Núñez se esforzó en refutar su tesis, no porque no reconociera que en España no había habido fanatismo y tiranía pero subrayaba con gran copia de datos que el caso español no había sido tan excepcional en el contexto europeo y que el fanatismo e intolerancia, más que inducidos por la Inquisición y la teocracia, habían acabado siendo incorporados, como un rasgo genuino de su personalidad histórica por la entera sociedad española, impregnando profundamente a sus diferentes clases y estamentos¹⁵.

En realidad, Valera no sentía un gran aprecio por la poesía política o civil del autor vallisoletano, tal y como le confesaba a Menéndez Pelayo en una carta suya de 1883: «las poesías políticas de Núñez de Arce, sin excepción, son artículos de fondo de periódico, declamatorios y huecos, con metro y rima... Son artículos de fondo, muy huecos y vacíos»¹⁶.

La duda, una constante en la poesía de Núñez de Arce. *La visión de fray Martín*

El poema de este título, en el que la duda tomaba la forma de una visión que se le mostraba a Martín Lutero lo concluyó el poeta a comienzos de febrero de 1880 y para finales de ese mismo mes -el día 28- se daba la primicia de que su autor iba a leerlo en una velada literaria en el Ateneo de Madrid¹⁷. Del poema, el público atento tenía ya noticia pues el año anterior había dado lectura a su primer canto

¹⁵ Ello le valdría, según él mismo le confiaba a Gumersindo Laverde el que desde el campo liberal se le acusara de defender la Inquisición en su contestación a Núñez de Arce (Valera: 1984: 237).

¹⁶ La carta iba fechada en Cintra el 6 de septiembre de 1883 (Artigas Ferrando y Sáinz Rodríguez: 1930: 175). De su crítica no se libraba *Gritos del combate*, libro que le parecía «filfa». El desahogo de Valera venía a cuento de un artículo muy elogioso sobre Núñez de Arce que había publicado Menéndez.

¹⁷ *El Liberal*, 20/02/1880, p. 3.

(Moya: 1880: 2) que se había publicado en *La Ilustración Española y Americana*. La obra debió merecer una muy calurosa acogida por parte del público ya que la primera edición se agotó casi de inmediato y los editores se dieron prisa para poner a la venta la segunda¹⁸.

No era la primera vez que el poeta recurría al tema de la duda en su producción literaria. Ya en abril de 1868, cuando estaba residiendo en la localidad catalana de Sant Gervasi de Cassoles firmaba un largo poema dedicado a su amigo, el escritor extremeño Antonio Hurtado, con quien había escrito varias obras de teatro como *El laurel de la zúbia* o *Herir en la sombra* y cuya carrera política había ido bastante pareja a la del autor vallisoletano. Además, en el largo y enjundioso prólogo a *Gritos de combate*, donde aparecía publicado el poema en cuestión confesaba que,

Lanzado desde muy niño en las agitaciones de la vida pública, sobrecogido por los arduos problemas políticos, sociales y religiosos que ha planteado nuestro siglo sin haber podido resolverlos hasta ahora, y cegado por el polvo de las ruinas que incesantemente van cubriendo el suelo de Europa, ¿es por ventura extraño que la duda, la duda oscura y dolorosa, se haya infiltrado en mi corazón y en mi inteligencia? ¡He visto tanto en el aun no largo espacio de mi vida? (Núñez de Arce: 1875: 9-10)

Sobre el carácter que en él revestía la duda, si primordialmente religiosa o más bien existencial, o si se trataba de un artificio retórico y, por tanto, insincero, quizás por el recurso, igual que su discípulo, Ferrari, a la alegoría (Sanmartín Bastida: 2005), intentaremos irlo precisando en las páginas que restan. Lo que sí resulta claro es que se trató de un problema reiteradamente abordado por Núñez de Arce en su obra poética y que la enfocaba como un elemento consustancial a la realidad de su tiempo, de su siglo, el XIX. Así hemos podido comprobar que aflora en el tratamiento de las figuras literarias o filosóficas a las que consagró otros largos poemas, como los dedicados a Raimundo Lulio, Lord Byron o Dante Alighieri. En *La selva oscura*, por ejemplo, cuando a Dante, errante por la espesura se

¹⁸ *Diario oficial de avisos de Madrid*, 02/03/1880, p. 1.

le acerca Virgilio dispuesto a guiarle y prestarle ayuda, este le previene sobre los tormentos y angustias que aun deberá sufrir porque en aquel lugar se desgarran el pensamiento y «el hombre llega a dudar de Dios y se condena». Una duda que retorna a su espíritu al acaecer la muerte de su amada Beatriz, quedando para él la naturaleza desierta, muda, «porque no vive el alma que desnuda de todo bien, frenética se lanza en los negros abismos de la duda».

También al evocar a Byron en su poema de 1879, opta por presentarle vagando por las tierras del Mediodía -España, Italia, Grecia- en parte huyendo del hastío, del tedio, pero también de su propia angustia, que atribuye a su empeño en buscar la fe, y no encontrarla, y adentrarse por eso en el error, en dudar (aunque nunca de Dios, puntualiza Núñez de Arce). La angustia le lleva a navegar con su velero frente a las costas de Grecia, buscando un lugar donde morir, si bien el poema da un giro y Byron desecha la idea de la muerte para ayudar a la liberación de Grecia.

Por lo que se refiere a Raimundo Lulio, la «eterna duda» es también explícita, más que en el poema propiamente dicho o en la caracterización del polifacético personaje mallorquín, en la justificación que Núñez antepuso a sus versos en donde tras hacerle duros reproches a la «atrevida ciencia que huye de Dios, y en su rebelde orgullo, con sus fulgores solo, quiere llenar los cielos y los mundos», los dirige también al hombre que devorado por insaciable sed pretende alcanzar «el anhelado fruto de la soberbia» encontrando solo eterna duda, eterno hastío oculto entre el placer¹⁹... Las vicisitudes de Lulio, ansioso por poseer a Blanca y su turbación y angustia al ver su cuerpo canceroso y corrupto cuando al fin esta le dice que accederá a sus deseos carnales, proporcionan la trama en la que dibujar las perplejidades que afloraron en su espíritu.

Entramos ya en el análisis de *La visión de Fray Martín* en cuyo prólogo explica que su objeto había sido el de representar las vacilaciones, incertidumbres y terrores que debieron conmover el espíritu de Lutero al decidirse a romper los vínculos de la obediencia y

¹⁹ A algunos contemporáneos como Armando Palacio Valdés les pareció que esa introducción sobraba y que hubiera sido mejor no hacer de la amada de Lulio, Blanca de Castelo, un símbolo de la ciencia (se trataría más bien, quizás, de una alegoría).

declararse en rebeldía contra Roma. Además, de esta justificación preliminar parece desprenderse que en su decisión de escribirlo no habría intervenido tanto el haber vivido personalmente una crisis de fe, con la angustia consiguiente, como la voluntad de reflejar, a través de las vicisitudes de Martín Lutero una de las encrucijadas más problemáticas que agobiaban al hombre contemporáneo y que a él como observador atento le atraían particularmente:

los silenciosos combates de la fe y la duda en lo más hondo de la conciencia humana, han ejercido constantemente sobre mí, atracción irresistible, tal vez porque reflejan uno de los conflictos morales más frecuentes en nuestro siglo, donde son pocos los entendimientos bienaventurados que ven siempre diáfano y sereno el cielo de su creencia y no se sienten atormentados por internas y borrascosas contradicciones (Núñez de Arce: 1904: 7-8).

Esa habría sido, pues, la razón de elegir la figura del fraile de Witenberg (Lutherstadt Witenberg, según su nombre oficial) pero quizás no tanto para darnos una imagen ponderada de su figura histórica sobre la que Núñez de Arce parece albergaba una pobre opinión («miserio fraile», «oscuro fraile») como para centrar la atención en la duda que aquí se personifica en una visión que toma la forma de una figura «hermosa y fulgurante» que abraza y besa a Lutero dándole «un ósculo glacial» y que frente a las voces que llegan de los frailes en el coro del convento exhortando a humillarse y a despreciar la tentación, le anima a elevar su pensamiento y, ya libre, a quebrantar su cadena.

Fue su espíritu el que, desasiéndose del cuerpo inanimado que yacía sobre las losas del claustro se dispuso a seguir a la visión y a surcar el «espacio lóbrego y callado» hasta posarse en una peña desde donde ambos pudieron escrutar la marcha de la humanidad a través de los siglos ascendiendo fatigosamente por el escarpado peñón lo que da pie al poeta para darnos una imagen titánica y trágica de la historia si bien la especie humana, al tocar en la tierra renacía como Anteo más pujante y varia... Y aquí da entrada ya a la Roma papal en la que el alma de Lutero, pese a sus esfuerzos no vio por ninguna parte a Jesús ni vislumbró «el resplandor fecundo de la

gloriosa Cruz», al quedar todo velado por el retorno del paganismo que invadía hasta la propia mansión del pontífice. Sería la bestia del Apocalipsis, ante cuya vista se exacerbó en el espíritu de Lutero una decisiva batalla entre «la fe imperiosa y la razón rebelde». Y en ese punto crítico la Duda le instó a atreverse y a derribar con indignada mano «el ídolo que usurpa su trono a la virtud», a quebrantar las cadenas del pensamiento humano, a despertar las conciencias que embrutecidas duermen, a buscar en el cielo «la espada vengadora, que ataje la gangrena de la presente Edad».

Al callar por fin la voz, el alma del monje sintió vacilar su fe heredada, volvieron a su memoria los sencillos rezos aprendidos de su madre, el recuerdo del solemne y monótono tañido de la campana que no pudieron sin embargo apagar la angustia del alma que «deja el seno de la fe y se acuesta en el lecho de espinas de la duda». Así, prisionero de esos encontrados sentimientos su espíritu perdió el sostén y rodó hasta el fondo de la sima, en una caída terrible equiparable a la de Luzbel²⁰ y que Núñez, adoptando un tono pesimista auguraba que no tocaría fondo pues «¿Tiene acaso la duda fin y límite el anhelo?» Ello ocurría al tiempo que el derrumbe de la inmensa peña, «aglomerada por los siglos» desde la que antes habían avizorado la marcha tumultuosa de la Humanidad.

En la parte final del poema el alma volvía al cuerpo, pero en unas condiciones muy distintas a las descritas anteriormente por cuanto su razón se había impuesto sobre la fe recibida (que entrañaba el respeto a la autoridad del papa y la aceptación de las indulgencias), lo que le llevó a confesarle al prior que el hábito le quemaba, que le avergonzaba su antigua sumisión y que aquello que por encima de todo deseaba era «¡Vencer a Roma! ¡Eso quiero!», una confesión que su superior calificó inmediatamente de anatema augurando al monje rebelde la eterna maldición del cielo.

La lectura pública del poema en el Ateneo de Madrid causó impacto en la opinión pública. Los diferentes periódicos que hemos consultado -todos ellos, no obstante, de la cuerda liberal- describieron a un público extasiado al escuchar el poema sobre Lutero y les

²⁰ Figura sobre la que precisamente el poeta estaba preparando un nuevo poema que no llegó a terminar. A Emilia Pardo Bazán le recitó algunos fragmentos del mismo (Pardo Bazán: s. a: 65).

faltaron adjetivos para alabar la belleza de sus versos y la maestría del autor. Algunos críticos, como, por ejemplo, el de *La Unión*, de todos modos iban más lejos, quizás demasiado, y presentaban a Núñez de Arce como el adalid de la libertad de conciencia, no meramente de la libertad política, como ya había hecho Quintana. Nuestro poeta, en cambio, se habría atrevido a llegar al fondo y a cantar a «la reforma en su espíritu», a «la libertad del pensamiento humano»²¹.

El carácter de la duda de Núñez de Arce

De lo que el poeta trataba en el largo poema dedicado a Lutero era de la duda religiosa, pero, insistimos, ¿nacida en la conciencia del propio Núñez cuya fe católica habría ido perdiendo apoyos y debilitándose al contacto con los desarrollos que estaba siguiendo el pensamiento contemporáneo? Un proceso del que abominaba, como expresó bien en el poema dedicado a Darwin, que entraría dentro del género «amonestatorio», según la clasificación que hizo Valera (Valera: 1910: 63 y ss.). ¿O bien él, manteniendo incólume su fe en Dios y en el dogma católico como había expresado claramente en su discurso de recepción en la Academia, simplemente tomaba nota -aunque resueltamente lo lamentaba- de un rasgo que entendía como consustancial a la personalidad del hombre de su tiempo? Un rasgo que habría tenido su primera y más genuina manifestación histórica en el proceso seguido por el propio Lutero, en el camino recorrido por su espíritu atormentado hasta convencerse de que debía atender a los dictados de su razón antes que a los de una fe ciega y acrítica. Debe recordarse que nuestro autor, en su discurso de entrada en la Academia, de 1876, había valorado el libre examen, nacido con Lutero, como una de las palancas fundamentales del progreso de las naciones, lo que concordaba con su adhesión sincera, expresada en el prólogo a *Gritos del combate*, al principio de la libertad religiosa²².

²¹ *La Unión*, 29/02/1880, p. 3.

²² Donde también declaraba ser hijo de su siglo, no pudiendo olvidar que «por el triunfo de la conciencia humana, desde mis años juveniles luchó».

Pero se trataría también de una duda que trascendía propiamente el ámbito de la creencia religiosa para devenir en existencial (nacida de la propensión al análisis propia del hombre contemporáneo²³) dando origen a una angustia que corroía a muchas de las personas cultas que estaban en contacto con los avances del pensamiento europeo de la segunda mitad del siglo XIX²⁴ que había impugnado radicalmente el relato bíblico de la Creación o desmentía la naturaleza divina de Jesucristo (los Darwin, Lyell, Strauss, Renan, Proudhon, entre otros); sin olvidar, en lo que atañe a los países en los que el catolicismo era la única religión autorizada o, cuando menos, la dominante, el auge experimentado por las sociedades de librepensamiento o los ataques a la autoridad dogmática de Pío IX.

Pensamos que pudo tratarse más bien de lo segundo, pese a que algunos de sus poemas -el titulado *La duda*, en particular- puedan dar pie para imaginar a un atribulado Núñez de Arce, poseído por vacilaciones y angustias por lo que atañe a la firmeza o pérdida, incluso, de las creencias de su niñez, de sus «años de candor» (como se condolía en su composición *Tristezas*), un estado interior que Menéndez Pelayo no estimaba fuera el del poeta, a quien tenía por un creyente sincero y que habría nacido no ya para creyente sino para «ultracreyente» (cit. en Urrutia: 1983: 501)²⁵, o que se habría quedado a la orilla del río, sin decidirse a cruzarlo²⁶. Emilia Pardo Bazán, por su lado, decía sobre su estado moral que era el hombre menos a propósito para dudar, menos formado para el escepticismo, «más opuesto a acariciar voluptuosamente a la esfinge sorda» (Pardo Bazán: s.a: 68). Tampoco Valera, en fin, pensaba que Núñez de Arce hubiera puesto en duda «ciertas afirmaciones supremas» (un Dios único y todopoderoso, el alma inmortal, el libre albedrío...)

²³ «La Musa del análisis» que se enroscaba como una víbora en su corazón, tal y como lo expresaba en su poema *La duda*. Otros autores incidieron también en ello (Valera: 1910: 57-58).

²⁴ Para Manuel de la Revilla «sus *Gritos del combate* debieran llamarse *Gritos de desesperación*» (cit. en Palenque: 1990: 157).

²⁵ Una fidelidad a las creencias religiosas aprendidas en la niñez que Núñez admiraba en otros pueblos, con religiones distintas, como el hebreo, en contacto con el cual estuvo en la guerra de Marruecos (Núñez de Arce: 1860: 127-129).

²⁶ Según Alonso Cortés, tomando pie, precisamente en un juicio del polígrafo cántabro (Alonso Cortés: 1946: 22).

por lo que le parecía que su duda no podía ser muy atormentadora (Valera: 1903: 15).

Aunque con distintos matices -más agudos quizás en Valera- estos prestigiosos críticos no concedieron, pues, un gran crédito a la *duda* de Núñez de Arce, lo que ponía entre interrogantes su sinceridad. Es verdad que para estudiosos posteriores no hay por qué tener por insinceros o puramente retóricos los movimientos del ánimo del poeta, sus vacilaciones y angustias en el terreno religioso: según José María de Cossío no hay motivo justo para dudar de su sinceridad (Cossío: 1959: 41) ni para rebajar, desde un punto lírico la magnitud del conflicto que plantea²⁷. Por su parte, para Allen Pomerantz, la duda, para Núñez era «physical and spiritual exhaustion in an unacceptable present, a devalued and lost past, and an unknown and unimaginable future» (Pomerantz: 1989: 66). Su duda se situaría más bien, por tanto, en un plano existencial.

Pero junto a estas interpretaciones no estará de más traer aquí a colación el diagnóstico sobre la duda del poeta vallisoletano por parte de Emilia Pardo Bazán quien decía lo siguiente en su libro *Retratos y apuntes literarios*:

Núñez de Arce no es ningún desesperado recluso en su torre: espera siempre -achaque de moralista- convencer, cambiar el rumbo de su generación [...] su misma *duda* es circunstancial; no es aquella eterna columna de diamante de que Leopardi hablaba. Es la duda de nuestros años 1860 a 1880; el crujido de la tradición nacional de pensamiento al chocar con ella ideas acarreadas de fuera con retraso; algo de filosofía alemana, otro poco de positivismo y eclecticismo francés. ¡Un desesperado intelectual Núñez de Arce! Léase su profesión de fe al final del *Discurso sobre la poesía* (Pardo Bazán: s. a.: 75-76).

Ha de tenerse en cuenta, por último, que, en su postrer poema, ¡*Sursum corda!* [¡Elevad los corazones!], fechado el 29 de diciembre de 1900 (Núñez de Arce: 1900) el poeta, situado en el umbral de la nueva centuria, el siglo XX, le pide a la Humanidad, aquí perso-

²⁷ *Ibid.*, p. 45.

nificada en un peregrino que sigue, como Dante, un áspero y tortuoso camino, que levante su alma a Dios (que es el que traza «los humanos derroteros») y que deseche toda indecisión, pues con esa guía, pero también con el trabajo y prestándole sus alas la ciencia -que en esta ocasión no parece inspirarle recelos a Núñez- ascenderá a la meta, a la ciudad de Dios donde está encendida la lumbre de la verdad que guía a los humanos en su camino. Como se ha apuntado, aquí «la *Duda* parece haber huido» (Cossío: 1959: 77).

Bibliografía

ALONSO CORTÉS, Narciso. (1946). *Discurso leído ante la Real Academia española por el Excmo. Sr. D... en su recepción pública el día 10 de febrero de 1946 y contestación del Excmo. Sr. Don Ángel González Palencia*. Valladolid. Imprenta castellana.

ARTIGAS FERRANDO, Miguel y Sáinz Rodríguez, Pedro. Eds. (1930). *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*. Madrid. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones.

CALVO CARILLA, José Luis. (1993). «Reconsideración de la poesía española de la segunda mitad del siglo XIX (a propósito de Núñez de Arce)». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 69 (1993). 195-223.

CASTILLO Y SORIANO, José del. (1907). *Núñez de Arce. Apuntes para una biografía*. Madrid. Imprenta de Hijos de M. G. Hernández.

«CLARÍN», Leopoldo Alas. (1876). «La Academia española. Recepción del Sr. Núñez de Arce». *El Solfeo*, 31 de mayo de 1876, p. 2.

----- (1888). *Mis plagios. Un discurso de Núñez de Arce*. Madrid. Fernando Fé.

CONDE GUERRI, María José. (2020). «Gaspar Núñez de Arce», *Diccionario de autores literarios de Castilla y León (en línea)*. Sergio Rodríguez Nicolás (ed.), María Luzdivina Cuesta Torre (coord.), Grupo de investigación LETRA. León. Universidad de León. En línea en <http://letra.unileon.es/>. DOI: <https://doi.org/10.18002/dalcyl/v0i21>

COSSÍO, José María de. (1959). «El poeta Núñez de Arce». *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, nº 35. 31-81.

DARÍO, Rubén. (1987). *España contemporánea*. Barcelona. Lumen. Pról. de Antonio Vilanova.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador. (2019). «La toma de Tetuán en 1860: perspectivas y testimonios (Alarcón, Núñez de Arce, Frederick Hardman y Galdós)». José María Ferri Coll, Raquel Gutiérrez Sebastián y Borja Rodríguez Gutiérrez (eds.). *Literatura para una nación. Estudios sobre el siglo XIX en honor del profesor Enrique Rubio Cremades*. Sevilla. Editorial Renacimiento. 308-327.

GUTIÉRREZ SEBASTIÁN, Raquel. (2012). «Honrando a los poetas y gozando de su genio: Menéndez Pelayo frente a Núñez de Arce y la poesía de su tiempo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXXXVIII, nº 1. 249-262.

HIBBS, Solange. (2015). «Camille Flammarion (1842-1925): vulgarización científica y poética de la ciencia». Solange Hibbs y Carole Fillière (eds.). *Los discursos de la ciencia y de la literatura en España (1875-1906)*. Vigo. Academia del Hispanismo. 321-347.

----- (1995). *Iglesia, prensa y sociedad en España (1868-1904)*. Alicante. Instituto de cultura Juan Gil-Albert/Diputación de Alicante.

LINARES RIVAS, Aureliano. (1878). *La primera cámara de la Restauración. Retratos y semblanzas*. Madrid. Establecimiento tipográfico de J. C. Conde y Cía.

MAINER, José Carlos. (1999). *La edad de plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid. Cátedra, 5ª edic.

MANSBERGER AMORÓS, Roberto. (1998). «Dos discursos restauracionistas en la crisis de fin de siglo: Gaspar Núñez de Arce y Emilio Ferrari». *Estudios de literatura española de los siglos XIX y XX. Homenaje a Juan María Díez Taboada*. Madrid. CSIC.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. (1876). *Polémicas, indicaciones y proyectos sobre la ciencia española*. Madrid. Imprenta de Víctor Sáiz. 79-106.

----- (s. a.). *G. Núñez de Arce. Estudio biográfico-crítico*. Madrid. Imprenta de A. Pérez Dubrull.

MORA, Pablo. (2013). «La duda religiosa y el caso del poeta español Gaspar Núñez de Arce en la tradición poética en México (1867-1887)». Manuel Suárez Cortina, Evelia Trejo Estrada y Aurora Cano Andaluz (eds.). *Cuestión religiosa. España y México en la época liberal*. Santander. Ediciones Universidad de Cantabria. 501-525.

MOYA, Miguel. (1880). «La visión de Fray Martín». *El Liberal*, 29/02/1880, p. 2.

NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar. (1876). *Discursos leídos ante la Real Academia española en la pública recepción del Excmo. Señor D... el día 21 de mayo de 1876*. Madrid. Imprenta de T. Fortanet.

----- (1860). *Recuerdos de la campaña de África*. Madrid. Imprenta a cargo de José M. Rosés.

----- (1875) *Gritos del combate. Poesías*. Madrid. Imprenta de T. Fortanet.

----- (1879). *Obras dramáticas*. Madrid. Biblioteca Perojo.

----- (1900). *¡Sursum corda! Poema*. Madrid. Librería de Mariano Murillo/Librería de Fernando Fe.

----- (1904). *La visión de Fray Martín. Poema*. Madrid. Librería de Mariano Murillo/Librería de Fernando Fe, 27ª edic.

PALENQUE, Marta. (1986). *Gabriel García Tassara. Antología poética*. Sevilla. Ayuntamiento de Sevilla.

----- (1990). *El poeta y el burgués (Poesía y público 1850-1900)*. Sevilla. Ediciones Alfar.

PARDO BAZÁN, Emilia. (s. a.). *Retratos y apuntes literarios. Primera serie*, T. 32 de sus *Obras completas*. Madrid.

PASCUAL PÉREZ, Carolina. (2019). *Gaspar Núñez de Arce. Obra teatral y narrativa breve*. Valladolid. Ayuntamiento de Valladolid.

POMERANTZ, Allen. (1989). *The philosophical implications of the poetry of Gaspar Núñez de Arce*. Ann Michigan, U.M.I. Dissertation Information Service.

REVILLA, Manuel de la. (1876). «Revista crítica». *Revista contemporánea*, 4, nº 3. 504-511.

ROMO ARREGUI, Josefina. (1946). *Vida, poesía y estilo de D. Gaspar Núñez de Arce*. Madrid. CSIC.

SANMARTÍN BASTIDA, Rebeca. (2005). «Un episodio en la construcción del canon literario: Núñez de Arce, Ferrari y las alegorías de la ciencia en el siglo XIX». Rebeca Sanmartin Bastida y Rosa Vidal Doval (eds.). *Las metamorfosis de la alegoría. Discurso y sociedad en la Península Ibérica desde la Edad Media hasta la Edad Contemporánea*. Introducción de Jeremy Lawrance. Madrid. Iberoamericana. 293-312.

SEGOVIA, Ángel María. (1882). *Figuras y figurones*. T. XLI. Madrid. Imprenta de Figuras y figurones, 2ª edic.

SERRANO GARCÍA, Rafael. (2006). «Gaspar Núñez de Arce (1832-1903), o el desengaño de la revolución». Rafael Serrano García (Coord.). *Figuras de la Gloriosa. Aproximación biográfica al Sexenio Democrático*. Valladolid. Universidad de Valladolid. 179-194.

----- (2020). «Gaspar Núñez de Arce: política, periodismo y literatura en el siglo XIX español». *El Argonauta español*, 17.

URRUTIA, Jorge. (1983) «El camino cerrado de Núñez de Arce». *Anales de literatura española*, 2. 491-508.

----- (1998). «Campoamor y el realismo poético». *Historia de la literatura española dirigida por Víctor García de la Concha. Siglo XIX (II)*, T. 9, Coord. Leonardo Romero Tobar. Madrid. Espasa-Calpe. 273-289.

VALERA, Juan. (1903) *Discurso en elogio del Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce*, Madrid, Est. Tip. De la «Rev. De Archivos, Bibl. y Mus.»

----- (1910). *Crítica literaria*, T. XXIV de sus *Obras completas*, Madrid, Imprenta alemana.

----- (1984). *151 cartas inéditas a Gumersindo Laverde*, transcripción y notas de María Brey de Rodríguez Moñino, Introducción de Rafael Pérez Delgado, Madrid, R. Díaz-Casariago, Editor.

VALLEJO GONZÁLEZ, Irene. (1984). *Gaspar Núñez de Arce*. Valladolid. Caja de Ahorros Popular.

VARELA SUANZES-CARPEGNA, Joaquín. (2014). *Política y Constitución en España (1808-1978)*. Madrid. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, pról. de Francisco Rubio Llorente.